

más bien “un típico representante de la filosofía académica que se adhiere a la utilización del conocimiento probable y hasta difunde los beneficios que derivarían de una lógica de lo verosímil; auspicia la duda como compañera inseparable del conocimiento cauto; adhiere a las tesis relativas a la incognoscibilidad del mundo externo; es fenomenista; acusa al escéptico pirrónico de favorecer la impasibilidad y la mortal inacción” (pp. 57-58).

Olaso trata de entender por qué Popkin, y antes Laird, han visto a Hume como pirrónico. Tal parece que es el error de considerar conmensurables el pirronismo y el academicismo, difundido por Hume, lo que ha causado esa confusión.

En cuanto a Rousseau, Olaso hace observar que es de los pocos que no ha ofrecido una versión caricaturesca del escepticismo y que además, aunque ha ignorado las características auténticas de la búsqueda pirrónica, ha sido el único en llevarla hasta su consumación en los tiempos modernos.

El escepticismo del Vicario Saboyano es una crisis pirrónica que pretende ser superada con medios académicos. A diferencia del propio Rousseau, Olaso dice que la primera parte de la *Profession* es metafísica dialéctica o probable y no metafísica dogmática. En efecto, al Vicario le parece que las posturas metafísicas llevan a antinomias, y prefiere refugiarse en su convicción moral o de conciencia.

Los dos escepticismos del Vicario Saboyano son, por una parte, las antinomias a las que ve que conduce su propia metafísica, y, por otra parte, el seguimiento de la voz de la conciencia, que es el ideal del escepticismo pirrónico. Frente a esto, Olaso se pregunta —y creo que con mucha razón— acerca del posible influjo de Rousseau sobre Kant.

MAURICIO BEUCHOT

Renford Bambrough, *Moral Scepticism and Moral Knowledge*. London: Routledge & Kegan Paul, 1979; pp. 166.

El problema con que se inicia este libro se puede plantear así: ¿las cualidades morales radican en los objetos o en los sujetos (objetivismo *vs.* subjetivismo)? Paralelo a este planteo está el del lugar que ocupan la razón y los sentimientos en la ética. Kant, el objetivista, le da a la razón un lugar central. Hume, el subjetivista, se lo asigna a los sentimientos. El autor quiere presentar un marco, inspirado en Aristóteles, en el cual se preserve la objetividad, concediéndole un lugar central a las relaciones entre las emociones y el entendimiento. Su objetivo es también mostrar que la conciencia moral ordinaria está en lo cierto al considerarse a sí misma como una conciencia de cosas que no dependen para su existencia del hecho de ser aprehendidas. Es, dice el autor, un libro de epistemología.

El primer paso en su tarea es refutar el escepticismo moral y defender

el objetivismo. Según Bambrough tanto la creencia de que existe un mundo exterior, como la de que hay un conocimiento moral pertenecen al sentido común: sabemos que robar es incorrecto, que cumplir las promesas es correcto, que el altruismo es bueno y la crueldad mala. Para preparar el terreno en el capítulo segundo se analizan sucintamente seis argumentos relativistas, defendiéndose la explicación que el sentido común da del conocimiento moral.

Mayor atención le dedica Bambrough a una objeción especialmente recurrente y al contestarla aprovecha para caracterizar la investigación moral. Cita las formulaciones de Nowell-Smith, William James y Hare, según los cuales las doctrinas morales objetivistas tienen como consecuencia la intolerancia y el dogmatismo autoritario (El Santo Oficio, dice James). Lo primero que hay que decir es que usan premisas *morales* en un argumento contra una tesis *epistemológica*. Como lo dijo Hume, las peligrosas consecuencias religiosas o morales de una doctrina no sirven para refutarla (*Tratado* II, iii, § 2). Además, se imputa al objetivista un error moral, pero para hablar de error hay que suponer que hay corrección o verdad. Si la intolerancia es objetable moralmente, hay conocimiento moral. (Claro que el relativista podría contestar que él defiende la tolerancia como un valor relativo.) Es importante destacar que decir que hay conocimiento moral no es igual a pretender que se posee tal conocimiento o que el poseerlo confiere un derecho a imponerlo. Más bien, señala el autor, sería el subjetivismo el que favorecería la tiranía, ya que nada es objetivamente incorrecto.

¿Cómo describir entonces el conocimiento moral de manera que sea compatible con la libertad moral, la autonomía y la autenticidad? Inspirado en la idea de Wittgenstein de que la filosofía no debe explicar, sino sólo describir, el autor empieza su caracterización del conocimiento moral señalando que en los juicios morales la conexión existente con la expresión de los sentimientos es parte esencial de su aserción, en un sentido en que no lo es en los juicios fácticos. Si alguien hace un juicio moral sin los sentimientos correspondientes, le diremos que no quiso decir lo que dijo (*doesn't mean what he says*); los sentimientos y su expresión tienen una conexión directa con el significado. Por esto mismo se supone que los juicios morales están basados en un conocimiento directo del objeto en cuestión. Sin embargo, en todos los casos la *verdad* de lo que se dice es independiente de si se afirma sinceramente o no.

Para Bambrough hay una diferencia entre la conexión que las emociones humanas tienen con las cuestiones fácticas y la que tienen con las cuestiones morales. Las emociones están directamente involucradas en los juicios morales, en su significado y esto es una cuestión de lógica. El error del escéptico es reducir los juicios morales a la expresión de emociones o preferencias. En algún sentido los juicios morales son "subjetivos". En ellos, como se vio, los sentimientos y emociones del sujeto intervienen esencialmente. Por esa misma razón son también juicios acer-

ca de lo que siente y experimenta un sujeto. También son subjetivos en el sentido en que calificar un examen es "subjetivo", por oposición a métodos mecánicos "objetivos" como el de "selección múltiple". Pero ninguna de estas acepciones impide que sean cuestiones determinables de manera racional e interpersonal y, en este sentido, objetivas. Esta "subjetividad" lo único que muestra es que la autenticidad y la individualidad son rasgos centrales de la moral. El autor apunta aquí otro equívoco: el creer que un juicio objetivo tiene que ser acerca de un objeto existente en el mundo. Las verdades lógicas o matemáticas son un contraejemplo. No es necesario, dice, aceptar la teoría de la correspondencia respecto a la verdad.

Otra objeción común en muchos filósofos es la de que las cuestiones morales se presentan cuando se ha alcanzado un acuerdo en cuestiones lógicas y fácticas: lo que resta son las cuestiones subjetivas acerca de los valores. Empero, si tomamos el célebre caso expuesto por Sartre en el que un joven tiene que escoger entre ayudar a su madre o unirse a la Resistencia, encontramos que el dilema es ininteligible, a menos que constituya un conflicto entre valores *reconocidos*. La presentación del dilema supone los valores que pretende derrocar. También es inexacto, continúa el argumento del autor, que en éste y otros casos semejantes haya un acuerdo en los hechos y en la lógica. Esto descansa en una estrecha concepción de lo que es fáctico y lo que es lógico. Por ejemplo, la aplicación de conceptos —morales o no—, al decidir si algo es barroco, o si una acción es desleal, incluye cuestiones lógicas que no son meros cálculos deductivos y cuestiones fácticas complejas que van más allá de la simple observación y del experimento. Las cuestiones morales no son meras cuestiones de aprobación o desaprobación como las cuestiones de gustos.

Los últimos tres capítulos de la obra están dedicados al lugar de la razón en la ética. Su propósito central es mostrar las semejanzas entre el razonamiento teórico y el razonamiento práctico para atacar las teorías subjetivas que se apoyan en supuestos contrastes. Crítica allí las teorías epistemológicas fundamentalistas: no hay principios últimos de los cuales partir, pero el hecho de que los cuestionamientos sean interminables no conduce necesariamente al escepticismo.

El libro de Bambrough contiene algunos argumentos contra el escepticismo, los cuales apuntamos aquí, dirigidos a probar que el conocimiento moral es posible. Resulta interesante, en particular, su caracterización del lugar que ocupan los sentimientos y la razón en la moral. En una época en que el relativismo moral es la doctrina predominante, esta obra puede servir como introducción a esta problemática, en especial en su vertiente epistémica. Por el lado ontológico, aun cuando el problema con que se inicia el texto lo resuelve diciendo que las cualidades morales se encuentran tanto en los sujetos, como en los objetos, casi nada dice respecto a ellas. El conocimiento moral es posible, pero ¿qué son los valores? ¿cómo existen estas cualidades morales objetivas? Quizás

la respuesta empiece por cuestionar, como se ha hecho recientemente, la distinción hecho-valor. El problema ontológico parece aguardarnos como el más complicado respecto a la objetividad de la moral.

JAVIER ESQUIVEL

C. McGinn, *The Character of Mind*. Oxford University Press, 1982; vi+128 pp.

En escasas ciento treinta páginas, el profesor Colin McGinn, de la Universidad de Londres, nos ofrece una lúcida discusión de los problemas centrales de la filosofía de la mente y de la acción. El libro no pretende ser más que una introducción a los temas que constituyen esta área de la filosofía y que comienzan ya a ser conocidos y discutidos en nuestro medio. Entre estos temas encontramos el problema de la naturaleza de los fenómenos mentales, las relaciones entre el pensamiento y el lenguaje, la naturaleza de la acción, de la experiencia perceptual, del yo, y el problema de la identidad personal. Los méritos del libro *The Character of Mind* son de índole diversa: el estilo del autor es ameno y de una claridad ejemplar; las discusiones de tan abstrusos problemas son accesibles a cualquier lector atento, aunque también el estudioso de la filosofía se beneficiará de su lectura; se han suprimido por completo las notas al pie de página —lo cual facilita inmensamente su manejo— y la bibliografía recomendada al final del libro es escueta pero muy bien seleccionada.

Dado el carácter introductorio del libro de McGinn, no es de sorprender que el autor se haya esforzado, no tanto por adelantar una doctrina novedosa sobre alguno de los problemas que se discuten, sino, más bien, por presentar una visión unificada, en la medida de lo posible, de todos los aspectos de nuestra vida mental. Todo intento por unificar teorías, puntos de vista o intuiciones sobre un tema particular presenta sus dificultades pero, en el caso de la mente, el intento por unificar nuestras intuiciones acerca de la naturaleza misma de nuestros conceptos mentales parecería estar fuera de lugar toda vez que la esencia misma de estos conceptos consiste en que podemos auto-adscribirlos sobre la base de la introspección pero los adscribimos a terceros sobre una base muy distinta, a saber, las manifestaciones externas de los estados mentales en la conducta verbal y de otros tipos. El problema aquí es que si abandonamos nuestro intento de unificación parecería que debiésemos optar por una suerte de prioridad lógica entre estas dos maneras de adscribir nuestros conceptos mentalistas; pero la prioridad de la manera como los *auto*-adscribimos nos lleva al cartesianismo mientras que la segunda alternativa nos arroja de lleno al conductismo —y ambos extremos resultan muy poco atractivos. McGinn reconoce el problema: por una parte, es indudable que se trata de los *mismos* conceptos mentales que se adscriben en primera o en tercera persona pero, por la otra, es difícil negar que el